

El Ancestral Binomio Filosofía - Literatura

José Antonio Lago Formoso

En un planeta tan agitado como el nuestro, en el que la ciencia está empecinada en hacer de lo sorprendente un hábito y las sociedades que lo pueblan se debaten entre un cúmulo de problemas existenciales, una marcada tendencia a la contradicción y un exacerbado relativismo como modo de vida, hacer un alto y reflexionar sobre lo que sucede o lo que nos sucede, se ha convertido, sin duda alguna, en una urgente necesidad. Es en estas circunstancias, más comunes de lo que se piensa, cuando muchos descubren para qué puede servir la filosofía, si acaso sirve para algo, porque además de acogotar a los estudiantes con toda una interminable retahíla de nombres, algunos francamente impronunciables, y unos machacantes “ismos”, su misión al parecer solo apunta, y con reconocida saña, al inapelable hecho de dejar muy en claro que la búsqueda de la verdad no es cosa fácil. Sin embargo haciendo uso común del muy “heraclitiano” y dialéctico “todo fluye y todo deviene”, el viejo amor por la sabiduría, también cambió y mostró su cara más humana, la misma que permite a cualquier individuo inmiscuirse de forma razonada en su propia vida e incluso en la de los demás, esa filosofía que ya no requiere de ceños fruncidos, voces graves y ademanes circunspectos para elucubrar acerca de los temas más cruciales, pero que tampoco se exime de abordar aspectos aparentemente superfluos.

Por su parte la literatura desde el mismo momento en que al hombre se le ocurrió comunicarse, inició un periplo vertiginoso e interminable que la condujo desde las más encumbradas alturas de la gloria hasta el modesto y desapercibido subsuelo, sin mayores explicaciones. Como buena hija de su tiempo, la literatura ha participado, y de manera activa, en todo tipo de evento tanto humano como divino, desde Lascaux, veinte mil años antes de nuestra era, cuando los hombres hicieron sus primeros dibujos y pinturas en las paredes de una caverna, donde se paseaba entre rudos sonidos guturales, intensos olores y el agradable trepidar de la leña, literalmente milenaria, pasando por su apuesta por la gran aventura del Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, aunque algunos sesudos insistan en verlo como un manual de ética, hasta llegar a su participación en la Revolución Francesa a través del Tartufo de Molière y proseguir sus andanzas regando clásicos por todo el “mapamundi”.

Si bien estas disciplinas dan muestras ostensibles, en mayor o menor grado, de tener una relación, no es menos cierto que a esa confluencia se le ha dado muy poca publicidad, e incluso en determinadas ocasiones se la ha pretendido descalificar con pretextos baladíes que no resisten el más mínimo análisis. Para poder desentrañar los orígenes de la extraordinaria reciprocidad entre la filosofía y la literatura, es preciso remontarse a la Grecia asiática por el siglo VI A.C, específicamente en la ciudad de Éfeso, donde Heráclito, apodado “el oscuro” por su intrincada forma de escribir, y uno de los presocráticos de mayor trascendencia, expuso sus ideas en lo que constituye el primer discurso filosófico, por medio de sus escritos literarios en los que abundan metáforas de excelente calidad. Al otro extremo, en la Magna Grecia, en la ciudad siciliana de Agrigento, se encuentra también al extraño Empédocles, reconocido como el fundador de la ciencia experimental, quien presentó su teoría de “las cuatro raíces” en un poema repleto de arrebatadoras imágenes. Y a fin de que no quede por fuera la Grecia peninsular, se hace imprescindible remitirse a la célebre expulsión que hace Platón el ateniense, de los “poetas imitativos” en su obra *La República*, aunque más adelante reconoce la necesidad de los poetas épicos y sobre todo líricos.

La presunta interdependencia entre literatura y filosofía, al parecer fue ganando adeptos con inusitada rapidez, hasta considerarse obvia, incluso, contraviniendo lo que tradicionalmente se ha venido sosteniendo acerca de que el inicio del pensamiento filosófico estuvo marcado por el paso del “mito” al “logos”, en los albores de la filosofía se dio una perfecta convivencia entre ambos que posibilita afirmar con atrevida contundencia que “el logos nació en el mito”, el saber, el conocimiento se produjo en el seno de la literatura y no después de ella, entre otras cosas, porque era una forma expresiva común para la época, que permitía además amplias posibilidades creativas y comunicacionales. La historia siguió su curso acostumbrado y la filosofía fue deslastrándose de temas que no le correspondían hasta ganarse a pulso el lugar que hoy ocupa, pero no por ello se perdió esa feliz conexión, si bien hubo momentos en los que parecieron distanciarse, etapas en las que la razón adquirió proporciones desmesuradas y solo pretendía tener sentido un lenguaje referencial, siempre se mantuvieron puntos de encuentro que hicieron posible que un pensador tan profundo y hermético como Heidegger señalara “que la poesía no es un adorno que acompaña la existencia, ni solo una pasajera exaltación ni un acaloramiento y diversión...”, o que Gadamer se ocupara del “carácter hermenéutico del texto literario” y

la connotada filósofa y ensayista española María Zambrano, premio Cervantes, dijera en su libro "Filosofía y Poesía" que "el pensamiento y la poesía tienen una misma raíz: la admiración, el pasmo ante la realidad inmediata de lo que nos rodea".

En la actualidad el binomio filosofía-literatura continúa siendo un incómodo y habitual testigo que lejos de ser mudo, alza una y otra vez su voz desde los lugares más insospechados, para desnudar la incertidumbre de quienes insisten en denominarse seres humanos. Esas preguntas retóricas que de vez en cuando asaltan y amenazan a la aburrida pero cómoda cotidianidad del hombre: *¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?*, dejaron de ser relevantes, perdieron por el camino su carga semántica real y la profunda sensibilidad que las caracterizaba, hasta convertirse en piezas de un museo didáctico que duerme y acumula polvo en las mentes de los "dadores" de filosofía. Hoy las "ultimidades" se pasean de la mano con todas aquellas disciplinas de las que durante siglos las estuvieron alejando y "filosofan" juntos sin dejarse atrapar por giros especulativos, que desde hace mucho prescindieron de su significado original. Por eso cuando Gerbasi canta de modo recurrente en "Mi padre, el inmigrante": "Venimos de la noche y hacia la noche vamos", no solo está poetizando, está hurgando en las fibras más recónditas del Ser, y resumiendo en apenas un verso un enorme tramo de la historia de la filosofía. De igual forma el personaje del cuento de Rulfo "No oyes ladrar los perros", un anciano que después de cargar entre sus hombros durante horas a su hijo moribundo le reclama a éste (que ya había muerto): "-¿Y tú no los oías Ignacio?...No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza", además de dejar constancia de los hechos terribles que se narran, el viejo masculla su angustia con la muerte a cuestas, se percibe su queja timorata ante lo incomprensible y sin sentido de la vida que le toca enfrentar, y asume su abandono al borde disidente de la nada.

Es indudable que tanto en la filosofía como en la literatura se han dado transformaciones que de algún modo han flexibilizado las férreas posturas que con frecuencia las distinguían, la globalización tan querida y tan odiada a la vez, ha puesto en tela de juicio todas las alambradas que hasta hace muy poco se creían indispensables para el sano crecimiento de los pajonales epistemológicos. Sin pecar de optimistas, muchos entendidos concluyen que hoy quien no admita que filosofía y literatura pueden actuar juntos o en colaboración por su afinidad, cuando menos es muy mal visto. Sin embargo, es palpable que este

ancestral binomio va mucho más allá que el de una simple cooperación ocasional, se tienen suficientes argumentos como para pensar que existe una clara interdependencia entre las dos sin que por ello se trastoque lo “razonable” de la filosofía y lo “irrazonable” de la literatura, por más paradójico que resulte, en estos tiempos en los que la duda dejó de ser metódica para convertirse en un huracán que se lleva todo a su paso, lo que antes asomaba como irreconciliable y contradictorio termina, para sorpresa de propios y extraños, por coincidir hasta en lo más inesperado, más aún si la coparticipación, como en este caso, tiene muy buenos antecedentes.